

Elías Amézaga, íntimo.

Abraham de Amézaga

Nieto, secretario y autor de la biografía Elías Amézaga. Vida y obra.

www.abrahamdeamezaga.com

Después de oír las extraordinarias intervenciones de mis apreciados José Manuel, Pedro y Joseba, ¡qué se puede añadir...!

En lo que a mí respecta, no va a ser tan académico, porque el tema así lo requiere, el “Elías íntimo”, y sobre todo porque será desde la mirada del nieto, el mayor de los varones, y el tercero de los 16, y quien más tiempo pasó con Elías, al realizar para él labores de secretario, durante diez años.

Procuraré ser lo más objetivo que me sea posible, aunque no será tarea fácil. Se lo puedo asegurar. Llevo su sangre, y admiro, como todos los que estamos aquí, su labor, su inconmensurable labor. Además, después de lo escuchado, es como si la pasión por Elías Amézaga quisiera alzarse protagonista.

Intentaré desde la templaza trasladarles a ese hombre al que aparte de como nieto, miraba con ojos de maestro, de genial jefe, aunque no de carácter fácil –no lo negaré-. Ya he dicho que soy el mayor de los nietos varones, algo que al nacer agradó a Elías, por lo de perpetuar el apellido, y que tras dos niñas, mis primas Lucía y Natacha, llegara un chico...

He de decir que mis mejores recuerdos de Elías no se ubican en mi infancia y en mi adolescencia. Quien les habla, de niño, no era un remanso de paz, sino muy movido, travieso, hiperactivo, hasta tal punto que, como mi madre ha repetido muchas veces, “tenerte a ti era como tener un colegio”. El caso es que Elías no quería niños cerca, y menos “niños-colegio”, porque está claro que rompían su dinámica de trabajo. ¿Y cómo lograba espantarnos? Con su genio, sabiendo que si infundía temor, los niños no le molestaríamos.

Recuerdo que un día –debía de tener yo unos siete u ocho años- me soltó aquella frase de “¡no vuelvas hasta que hayas cumplido el servicio militar!” Ni qué decir tiene que volví mucho antes, sin servicio militar (que, por cierto,

aún no he cumplido).

Una de las citas a las que no faltaba, con mis padres y mi hermana, era cada noche del 31 de diciembre, cuando en su casa-torre de Santa María de Getxo, en torno a la larga mesa de ovalada forma, nos juntábamos abuelos, hijos y nietos... En familia, se cenaba, y después se tocaban instrumentos, se representaban escenas de obras de teatro...

Mi relación más estrecha con Elías comenzaría a los 17 años. Es decir, una década después de que me lanzara aquella sonora frase, cuando me entero por mi padre, de que necesita alguien que le ayude. ¡Me interesa!, digo prácticamente sin reflexionar.

Y allí estaba yo, a los pocos días, en la casa-torre, dispuesto a la tarea, sin saber a lo que me enfrentaba, con el atractivo de que me sería remunerado –poco, la verdad, aunque para mí, desde mi edad e ilusiones, no me parecía tan poco-. Estamos en la primavera de 1992, año en el que sale el tercer tomo de *Los vascos que escribieron en castellano*, y cuando Elías se adentra, poco a poco en la informática.

Uno de sus nueve hijos, el sexto, Cristian, le trae un ordenador. ¿Se acuerdan de aquellos primeros Macintosh, lanzados en los 80, de pequeña pantalla y minimalista diseño? Pues bien, con ese trabajaremos. Por las mañanas, él, a sus 70 años; un hombre que hasta entonces se había valido de la máquina de escribir, para pasar sus textos a limpio; y por las tardes, cuando el instituto me lo permite, y sobre todo los viernes y sábados, quien esto les relata.

Reconozco que un buen número de los textos eran rematadamente pesados de transcribir, sobre todo para un chico de 17 años. Entender la grafía amazguiana no resultaba tarea sencilla –tan indescifrable y minúscula..., peor que la de muchos médicos–.

Eran textos que primero Elías escribía en cuadernos pequeños, luego pegaba en folios, y posteriormente me entregaba, para pasarlos a ordenador. Pronto me percaté de que estaba ante un escritor, que a pesar de ser un portento, era desconocido para muchos, sobre todo para el público en general. Me costó convencerle de que presentáramos más sus libros, en cuanto salieran

a la calle, que los enviáramos a los diferentes suplementos literarios, que cada vez que fuera invitado a pronunciar una charla o conferencia, se informara, así como que volviera a escribir más en prensa. Le costaba hacerme caso, aunque luego se solía mostrar contento del resultado.

Es verdad que en un principio, el que yo dedicara horas a la comunicación lo veía negativo, porque restaba tiempo para lo realmente importante: es decir, seguir produciendo, dar a conocer a escritores, tomando como pretexto cualquier aniversario....

¿Sabían que Elías Amézaga, el Primer Ilustre de Bilbao, en 2001, fue un lustro antes también primero, entre los autores vascos, en poseer página web...? Pues, sí. No fue fácil convencerle del tema, aunque una vez aceptado, quedó satisfecho. Y lo fundamental, tuvo eco en los medios de comunicación.

Trabajar con Elías resultaba particular. Era como si le moviera la prisa, esa sensación de “tanto tengo por hacer... y la vida pasa”; una cierta tensión, en algunos momentos... Parecía como que le faltaba el tiempo, que necesitaba dos o tres vidas para desarrollar lo que tenía en su mente.

“¡No vayas tan rápido, que tengo mucho que escribir!”, le solía repetir a mi padre cuando le llevaba en coche. Y eso que Elías, cuando agarraba el volante, conducía como vivía. Con rapidez.

No tuvo un ángel de la guarda, sino legión.

¡Don Elías! (así me solía dirigir a él)

¡Dígame, don Abraham! (me respondía)

¡Cuántas veces anteponíamos el don a nuestros nombres, para luego pasar al tuteo! Así de originales éramos. Porque, como se imaginan, la cercanía era la nota predominante, y el trabajo lo que estimulaba...

Y ese trabajo iba acompañado de música clásica, al ritmo de notas de Bach, Beethoven, Vivaldi... Costumbre que Elías me contagió, y que pronto hice también mía.

Su día a día se resumía en desayunar frugalmente, trabajar, almorzar, descansar, volver al despacho... (a trabajar, claro está) y dormir, con contadas salidas.

Durante muchos años, cuando las musas lo visitaban de noche, se levantaba, se dirigía al despacho y anotaba aquellas ideas, muchas de las cuales más tarde incluiría en sus obras.

En la década que pasé junto a él, Elías Amézaga pondría en pie más de 15 libros, más de 300 artículos, prólogos y un gran número de trabajos de investigación.

Durante años, este “escritor las 24 horas del día”, como lo definió muy bien Pelay Orozco, se permitía irse de vacaciones solo quince días. Era a la costa valenciana, no muy lejos de su hija Amaia. Tras los paseos por el borde del mar y los baños en agua salada, se entregaba al trabajo.

A Elías Amézaga, las letras lo tuvieron preso, en una cárcel de miel. La Literatura le dio mucho, aunque él le entregó más a ella, la hizo más grande, aun separándolo de disfrutar de ver crecer a sus hijos.

“Fui un mal padre”, apuntaba en sus Memorias, tituladas *Conmigo. Un cacho de mi vida*, y publicadas en la colección Monografías Bidebarrieta, en 2003, con prólogo del recordado Iñaki Azkuna.

Inquieto, un volcán de ideas, de proyectos, que reconoció ser a lo largo de su vida “un improvisador”. Un ser libre, sin etiquetas, no adscrito a partido político alguno, “porque no sería fiel a ninguna disciplina”, decía; enhebrando su obra con libertad.

“Hablabla y escribía con pasión, como con pasión defendía a sus amigos”, señalaba Azkuna, tras el fallecimiento de Elías, en 2008. Y es que si a algo era más que fiel, ese algo era la amistad. Por encima de todo.

Le gustaba encontrarse con sus amigos, disfrutar del arte de la conversación, en torno a una mesa, durante un almuerzo, o por la tarde, con una copa de licor. Y siempre se retiraba pronto, “porque tengo mucho trabajo...” También era un modo de espantar a las visitas...

A Elías, como bien sabe José Manuel, le encantaba hablar del Athletic, del que fue socio con 9 años, sobre todo cuando había jugado bien. Solía seguir los partidos por la radio, vibrando con cada gol que metía. O todo lo contrario, sufriendo con los que le encajaban. Como muchos en esta sala...

Eso sí, que nadie le preguntara por los temas domésticos. Algo completamente ajeno a él. De esos, como del resto, se ocupaba Carmen, Carmina, su esposa, su brazo derecho, esa mujer sin la cual Elías Amézaga no hubiera escrito ni la cuarta parte de su obra.

De joven, le confesó su amor en el camerino de un teatro de Oviedo, tras haber interpretado juntos una obra. “Sé que no es el mejor momento para declararme a ti. Pero no aguanto más. Te quiero como el personaje bueno del drama. Y lo que dije y declaré como enamorado en las tablas, te lo repito y hago mío ahora”.

¡Eso sí que es una declaración!

A “Canela”, como la llamaba cariñosamente, le enviaría unas doscientas cartas en los dos años que duró el noviazgo (hubo días que a la novia le llegarían hasta tres), dando “la prueba de constancia de acercarme por tren a Oviedo unas veinte veces”.

Y en más de una ocasión, tardaría 14 horas. Sí, como lo oyen.

Además de esposa, Carmen fue madre preocupada por sus hijos, fiel consejera, ama de su hogar, gestora de patrimonio... y hasta secretaria. Y no solo de Elías. Sino también de quien les habla.

Durante más de la mitad del tiempo que colaboré para él, cuántas veces sonreíamos cuando al ayudarme, le decía a Carmina que “era la secretaria del secretario”; un curioso puesto que ella desempeñaba como el resto, con entrega.

Volviendo a Elías, diré que fue un hombre austero, utilizaba más de un jersey que su mujer le tejía; aunque era presumido, y reconocía que de niño se le “cuidó con excesivo mimo”. Y como un niño disfrutaba comiendo. Era una delicia verle, feliz, ante un bollo de mantequilla y un café con leche. No necesitaba de grandes y caros objetos para sentirse bien, cual monje que vive de algún modo recluido del mundo, dichoso entre sus cuatro paredes y entregado al trabajo.

Elías Amézaga era “creyente y practicante”, y muchos de sus textos, más que por un laico, parecerían escritos por un religioso. Y no lo digo yo, él mismo me lo comentaba en más de una ocasión; allí en su casa-torre, en ese faro en

las laderas de Getxo, frente a Berango, lugar que hoy debería de ser una casa-museo o un espacio cultural, de la mano del Ayuntamiento de la localidad y de la Diputación Foral de Bizkaia, que bien podrían hacerse con ella. Simple ideas que, ojalá, fuera realidad...

¿Y si Elías estuviera hoy aquí, entre nosotros, asistiendo a este homenaje, como ocurrió en esta misma sala, el 20 de marzo de 1997, hace 24 años, cuando Bilbao, su ciudad, le rindió tributo?

Estoy seguro de que esbozaría una sonrisa y agradecería el que nos acordáramos de él.

Elías, que sepas, que de ti nos acordaremos siempre, porque gracias a tu personalidad volcánica y abierta, que nos dejó huella, y a tu inconmensurable trabajo, sigues para muchos vivo.

Fuiste generoso al compartir tus conocimientos, al dedicar la mayor parte de tu vida a recoger, estudiar y difundir a los hombres y mujeres de esta tierra; a producir una obra (más de 60 libros) que está ahí para que nos acerquemos a ella. Para eso fue escrita.

Las gracias no nos las des tú. Te las doy yo, y seguro que todos nosotros. Por haberte tenido...

Y gracias también a todos ustedes por haberme escuchado.